

el mismo amor, sobre el pecho adorable de este único, y verdadero Salvador, cuya muerte rescató sin distinción á todos los pueblos, á todos los países, á todas las edades. Muchos intérpretes aplican á los judíos este oráculo de Ezequiel: «Os retiraré de todos los pueblos... Os llevaré de nuevo á vuestra tierra que di á vuestros padres... Vosotros sereis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Cuando os haya purificado de todas vuestras iniquidades, cuando haya poblado de nuevo vuestras ciudades y restablecido los lugares arruinados... todo lo que quedará de los pueblos que os rodean, reconocerá que yo soy el Señor.» ¿No podía explicarse de este modo la tendencia extraordinaria de un gran número de judíos de todas las partes del mundo á ir á vivir y á morir en Jerusalem? Cada viernes, salvo aquel que forma parte de la fiesta de los Tabernáculos, los más devotos se reúnen despues de medio día, á las cuatro en verano y á las tres y media en invierno, en el muro oeste del recinto de la mezquita de Omar, para orar y llorar sus pecados, para pedir el fin de los males que los abruman desde hace diez y nueve siglos. Nada más triste que su canto dialogado: «EL RABINO: A causa del templo que ha sido destruido, á causa de los muros que están derribados, á causa de nuestros grandes hombres que han perecido.—EL PUEBLO: Estamos sentados en la soledad y lloramos.—EL RABINO: ¡Os suplicamos tengais piedad de Sion!»

¿Qué patente cumplimiento de la profecía de Jeremías (XXX, 15): «¿Por qué lloras sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor; por la muchedumbre de tus pecados te he tratado así.» ¡Esplendor!

Capítulo décimo nono.—Décimo quinto esplendor de la fe.—Y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.—(Luc. XXII, 32). Bra despues de la Cena; Judas ha salido; el alma del divino Salvador está triste hasta la muerte, pero ella es infinitamente amante, dulce y resignada. «Hijos, dice, yo os doy un mandamiento nuevo, es que os ameis como yo os he amado.—Despues volviéndose á

Pedro le dice: «Simon, Simon, mira que Satanás ha tratado de zarandearte como trigo; mas yo he rogado por tí, á fin de que tu fe no desfallezca, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.» Confirma á tus hermanos. Jesucristo habla así al jefe de su Iglesia; la oracion que acaba de hacer le ha hecho invencible, las potestades del infierno no prevalecerán contra él. Cederá un instante, pero se levantará de nuevo, confirmado en el bien; y una vez convertido, deberá afirmar á sus hermanos en la fe. Esta es una orden, pero es al mismo tiempo un oráculo, una profecía. Tú serás el juguete de Satanás, pero tú te convertirás, y una vez convertido, convertirás á tus hermanos.

El oráculo se ha cumplido. Pedro cayó. Desconoció y renegó á su divino Maestro, al hombre, al Galileo, al Nazareno... pero no renegó al Dios. Jesucristo dejó caer sobre él una mirada de misericordia y amor. Está convertido. Fué á ocultarse en las tinieblas, lloró amargamente; y cada día, hasta el fin de su vida, el canto del gallo hará correr sobre sus mejillas un mar de lágrimas. Y una vez convertido, Pedro ha confirmado á sus hermanos en la fe de la manera más divina.

De todos los esplendores el más brillante tal vez es la historia de san Pedro, resumida en estas dos palabras de una grandeza y simplicidad maravillosas: «Pedro, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Pedro, antes de su conversion, es el hombre con todas las debilidades de la humanidad; es la caña agitada por el viento. Pedro convertido es el roble que desafía la tempestad. Escuchemos su historia trazada por los santos evangelistas.

Andrés llevó á su hermano Pedro á Jesús, diciéndole: ¡Hemos encontrado al Mesías! Jesús mira á Pedro y le dice: «Simon, hijo de Jonás (hijo de la paloma y paloma), tú serás llamado Cephas, esto es la Piedra, la roca inmutable, sobre la cual edificaré mi Iglesia.» ¡Qué admirable principio!

Jesús pasando á lo largo de las orillas del mar de Gali-

lea, vió á Simon y á Andrés, su hermano, arrojar sus redes al mar, porque eran pescadores, y les dijo: «Venid, seguidme; yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.» Y dejando sus redes, le siguieron. ¡Qué divina atracción! qué mision tan divina! pescadores de hombres!

Jesucristo sentado en la barca de Pedro le dice: «Házte á la mar, y arroja tus redes.—Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; sin embargo, confiando en tu palabra, arrojaré las redes...» Cogieron tal cantidad de peces que las redes se rompieron. Hicieron señal á sus compañeros para que viniesen á ayudarle; estos vinieron, y llenaron de peces las dos barcas, hasta tal extremo que corrieron peligro de sumergirse. Viendo lo cual, Simon Pedro cayó á los pies de Jesús, exclamando: «¡Retíraos de mí, Señor, porque yo soy un pecador! «La pesca milagrosa les sumía en el estupor. Jesús dice á Simon: «¡Nada temas! Más tarde pescarás hombres.» ¡Qué milagro! qué acto de fe divina! qué extraña profecía!

A la cuarta hora de la noche, Jesús fué á sus discípulos caminando sobre la mar, y parecía quererles alcanzar. Creyeron que era un fantasma. Pedro exclamó: «Señor, si eres tú, manda que vaya á tí sobre las aguas.» Y bajando de la barca, Pedro caminando sobre las aguas iba hacia Jesús. Pero hacia un gran viento, Pedro tuvo miedo, y como comenzaba á hundirse, exclamó: «¡Valedme, Señor!» Jesús tendiéndole la mano le tomó, diciéndole: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Ved de nuevo el milagro, ved tambien el hombre, la caña.

«¿Y tú, Pedro, quién dices que yo soy?—¡Señor, tú eres Cristo, Hijo del Dios vivo!—Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no es ni la carne, ni la sangre quienes te han revelado este misterio, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra atado será en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra desatado

será en el cielo.» ¡Qué magnífico acto de fe! que alabanza! que promesa! qué admirable poder concedido á Pedro! Poder siempre ejercido y que se ejercerá siempre.

Jesús anunciaba á sus discípulos que tenía que ir á Jerusalén, que allí sufriría mucho, que sería condenado á muerte, y que al tercer día resucitaría. Pedro le habla á solas y le hace vivas reprensiones: «No quiera Dios que os sucedan semejantes cosas, ¡esto es imposible!» Jesús, mirando á sus discípulos, amenaza á Pedro y le dice: «¡Retírate de mí, Satanás! Tú eres un objeto de escándalo para mí. Tú no comprendes lo que es de Dios, sino lo de los hombres. Tú no tienes gusto para las cosas del cielo, sino solamente para las cosas de la tierra.» Ved al hombre, ved la caña, ved á Pedro antes de ser revestido con la virtud de lo alto.

Jesús se levanta de la mesa, quítase su túnica, se ciñe los lomos con un lienzo, pone agua en un lebrillo, y vá primero á Pedro... para lavarle los pies... «Señor, tú me lavarás los pies? No lo permitiré jamás.—Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.—Señor, no solamente los pies, sino las manos y la cabeza.—Únicamente aquel que es puro tiene necesidad de que se le laven los pies; pues bien tú eres puro.» Ved todavía al hombre, á la naturaleza humana con sus extremos. ¡Y qué divina esencial!

«Simon, Simon, mira que Satanás trató de zarandearte como se zarandea el trigo.—Señor, dice Pedro, yo estoy dispuesto á ir contigo á la prision, á la muerte.—Todos, esta noche, os escandalizareis á causa de mí.—Cuando todos los otros se escandalicen, yo jamás me escandalizaré; yo daré mi vida por tí.—Tú darás tu vida por mí. En verdad, en verdad te digo, que hoy antes que el gallo cante, me negarás tres veces.—No, aunque tuviera que morir, yo no te negaría.»

Pedro fué introducido en el pretorio por un discípulo que conocia al gran sacerdote.—La sirvienta que guardaba la puerta le dice: «No eres tú uno de los discípulos de

este hombre?—No, responde Pedro.» Se encendió un gran fuego, Pedro tomó sitio en torno del fuego. Una sirvienta mirándole atentamente le dice: «Tú estabas con Jesús el Galileo.—Yo no sé lo que quieres decir, yo no conozco á este hombre.» Pedro quiso salir, el gallo cantó. Cuando salía, otra sirvienta dice: «Este estaba con Jesús de Nazareth.» Pedro negaba, pero la sirvienta insistió. «Tú eres de esas gentes, tu lenguaje te descubre.» Pedro protestó y afirmó con juramento que nada de comun había entre él y Jesús.—«;Pero yo te ví con él en el huerto!» dice un pariente del servidor, cuya oreja cortó Pedro. Este persistió en su negacion.

El gallo cantó por segunda vez. Y Jesús, que pasaba arastrado por los soldados, dió una mirada á Pedro, que corrió á ocultarse en las tinieblas y lloró amargamente. Ved la caída y la conversion.

Habiendo resucitado, Jesús se muestra á las orillas del mar. El discípulo que Jesús amaba dice á Pedro: «Este es el Señor!» Pedro vístese su túnica, porque estaba desnudo, y se arroja al mar. Despues de un modesto almuerzo, Jesús dice á Pedro: «¿Simon, hijo de Juan, me amas? Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.—Apacienta mis corderos.—¿Pedro, me amas?—Señor, tú que lo sabes todo, bien sabes que yo te amo.—Apacienta mis ovejas. Cuando eras jóven, te ceñías los lomos é ibas á donde querías. Cuando serás viejo, darás tus manos, te las atarán, otro te ceñirá y te conducirá á donde no quisieras ir.» Hablando así Jesucristo, indicaba á Pedro el género de muerte por el cual debía glorificar á Dios.

Ved como confirmó á sus hermanos.

Habiendo descendido del monte de los olivos, Pedro entró en el cenáculo con los apóstoles y discípulos, para proceder á la eleccion de Matías en sustitucion de Judas. Luego, despues de diez días de oracion comun y ferviente, Pedro con los apóstoles queda lleno del Espíritu Santo, y sale del cenáculo, hablando todas las lenguas. Vindica antes que todo á sus compañeros de la acusacion de em-

briguez con que se le queria manchar, y muestra en ellos el cumplimiento de la profecia de Isaías: «Derramaré mi Espíritu sobre vuestros hijos, y ellos profetizarán.» Despues interpellando á la multitud, la dice: «Jesús, á quien habeis crucificado, no ha sufrido la corrupcion del sepulcro, ha resucitado y nosotros somos los testigos de su resurreccion. Habiendo subido á la derecha de su Padre, ha derramado sobre nosotros su Espíritu que procede de su Padre, y este Espíritu hace en nosotros lo que veis, lo que ois. Creed en Él, aceptad su bautismo.» Tres mil á corta diferencia creyeron y se unieron á los apóstoles en la fraccion del pan y en la oracion. Al día siguiente es comenzada de nuevo la predicacion; cinco mil hombres son convertidos. La Sinagoga se indigna, y pone á prision á Juan y á Pedro; los cita ante su tribunal y les prohíbe con amenazas que hablen y enseñen desde aquel momento en nombre de Jesús; pero ellos responden con una energía divina: «Nosotros no podemos desobedecer á Dios, que nos hace un deber el decir lo que hemos visto y oído.» Y en una fervorosa oracion, los apóstoles reunidos piden á Dios que les dé fuerza para anunciar su santa palabra con toda confianza, y estender la mano para que las curaciones, los milagros, los prodigios hechos en nombre de Jesucristo acompañen por todas partes sus pasos. Y ved que en efecto la sola sombra de Pedro cura los enfermos y libra á los poseidos que vienen de todas partes á agruparse en su camino. Herodes, para complacer á los judíos, manda prender á Pedro, con el propósito de hacerle matar, así como á Santiago el Mayor; pero un ángel le abre las puertas de la prision. En la gran discusion, sobrevenida con motivo de las observaciones legales que se tenian que imponer á los gentiles convertidos, Pedro hace esta simple observacion: «¿Por qué impondeis á los discípulos el yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?» Todos quedan confirmados en la verdad y acordes en la conducta que se debía seguir.

Pero sobre todo Pedro cumplirá con más solemnidad el

mandato ó el oráculo del divino Maestro, cuando, despues de haber fijado su silla en Roma, se convertirá en el jefe visible y supremo de la Iglesia.

Los fieles de Roma, dice san Ambrosio, alarmados por los peligros que la crueldad de Neron hacia correr á Pedro, le instaban á que cediese á la tempestad y se alejase de la ciudad. Rehusa hacerlo por mucho tiempo, pero sus instancias fueron tan urgentes que al fin se decidió á partir. Púsose en camino durante la noche, y ya se aproximaba á los muros de la ciudad, cuando vió á Jesucristo traspasar la puerta y venir á su encuentro. «¿A dónde vais, Señor? le dice el apóstol.—¡Voy á Roma para ser en ella crucificado de nuevo!» Pedro lo comprendió. Entró en Roma. Advertido del suplicio que le espera, sólo tiene un pensamiento: el de *confirmar* por una exhortacion inmortal el valor, la fe y la esperanza de los cristianos. Este es su testamento, y lo dirige á los fieles del universo, á todos los que dividen con él la fe en Jesucristo nuestro Señor. «Servid á Dios, uniendo la virtud á la fe, la ciencia á la virtud, el desinterés á la ciencia, la paciencia al desinterés, la piedad á la paciencia, el amor de vuestros hermanos á la piedad, y al amor de vuestros hermanos la caridad que lo encierra todo... El que pierde de vista estas grandes cosas es un ciego caminando á tientas en la vida, un ingrato que olvida el favor de que fué objeto cuando recibió por el bautismo la remision de sus antiguos pecados... No vacilo en hablaros con este lenguaje, aunque sepais ya estas verdades y las tengais firmes en vuestros corazones. Mientras yo habite todavía en este tabernáculo mortal, yo os debo *mis auxilios y mis exhortaciones.* (*Confirma fratres tuos.*) Yo tengo además la certeza de que la deposicion del templo de mi alma está cercana. Nuestro Señor Jesucristo me lo ha revelado. Pero yo tendré cuidado de que despues de mi muerte estas instrucciones os sean renovadas.» (Por los sucesores de Pedro.)

«Quiero afirmaros de nuevo que al anunciaros el ad-

venimiento y el poder de nuestro Señor Jesucristo, yo no era de ningun modo el eco de *doctas fábulas.* Yo mismo fuí el testigo de sus grandezas y de la gloria de que el Dios Padre le invistió. Yo estaba allí, cuando una voz bajada del cielo, en medio de una aureola relumbrante, le dió este testimonio: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido; oíde.» Esta voz celestial yo la oí, cuando estábamos con él en la montaña santa. Nosotros tenemos además un testimonio no menos auténtico en los oráculos de los Profetas. Los estudiáis con atencion; lo sé y haceis bien. Las profecias son la lámpara encendida en la obscuridad, aguardando que el día aparezca, y que la estrella de la mañana brille en vuestros corazones. Recordad, por lo tanto, que las palabras de la Escritura *no deben ser sometidas á una interpretacion privada.* Son independientes de la voluntad y de la inteligencia por su mismo origen, *pues que los santos que nos las han trasmitido las habian recibido de la inspiracion del Espiritu.»* ¿Quién no siente aquí el soplo de Dios?

«Así como hubo falsos profetas en el seno del pueblo de Israel, del mismo modo se encontrarán maestros en impostura. Introducirán entre vosotros sectas de perdicion. Apostatarán de la fe del Señor que los ha rescatado. *Muchos les seguirán* en sus extravijs. En su sordida avaricia, traficarán con sus seductores discursos y con los desgraciados que serán sus víctimas. Su condenacion está escrita desde el origen de la historia del mundo; el Dios vengador no se duerme. No perdonó á los ángeles rebeldes... No perdonó al mundo antediluviano. Á las olas del diluvio universal que tragaron á los impios, Noé y otras siete personas escaparon únicamente. Las ciudades de Sodoma y Gomorra atestiguan todavía hoy la realidad de los castigos que Dios reserva á los impios. Lot, el justo, fué arrancado por el Señor á los ultrajes de estos infames... Dios sabe cuando le place arrancar los justos á la persecucion. Su providencia reserva los impios para el juicio final y los suplicios eternos. Su venganza brillará sobre

todo contra los perversos que se abandonaron á las ignominias de las concupiscencias carnales, afectando el desprecio de toda autoridad, complaciéndose en las audacias del orgullo, persiguiendo con sus blasfemias á todos los representantes del poder. Los ángeles, más grandes y más poderosos que los príncipes de este mundo, les sufren sin embargo y dejan á Dios el cuidado de juzgarlos... Los insensatos, entregados como las bestias sin razon á todas las perversidades de la naturaleza, se precipitan á su perdición. Blasfeman lo que ignoran y perecerán en la corrupción. Sus ojos están llenos de adulterios, y seducen á las almas inocentes... Fuentes sin agua, nubes llevadas por los torbellinos, y que van á perderse en las tinieblas de la noche, atizan las llamas de las pasiones impuras para envolver de nuevo á los cristianos que apenas han escapado del error. *Prometen la libertad* estos esclavos de la corrupción. Sí, esclavos porque lo son desde que se dejan vencer; sí, por que despues de haber buscado un refugio contra las iniquidades del mundo en el conocimiento de Jesucristo, han sufrido de nuevo el vergonzoso yugo de la carne. Mejor les hubiese sido no conocer jamás el camino de la justicia; y á ellos se aplican en toda su realidad estos crueles proverbios: El perro vuelve de nuevo á su vómito; el cerdo saliendo del agua va á revolcarse en el fango.

«El postrer dia se verán salir artifices de decepcion, seductores entregados á todas las codicias de la carne... ¿Dónde está, dirán, la promesa hecha por Jesús... de su segundo advenimiento? Nuestros padres han muerto, nada se ha cambiado en el órden de la creacion, la naturaleza es eterna. Pues bien, la verdad, que ignoran ó no, es que el Verbo de Dios creó los cielos antes que todo, y en seguida la tierra, del agua y por el agua, y en la cual fué sumergida de nuevo por el diluvio. En este momento, los cielos y la tierra sólo subsisten por el Verbo de Dios. Él es quien los mantiene en el estado actual hasta el dia del juicio y de la catástrofe final, en que los impíos perecerán

por el fuego. Pero vosotros, amados míos, no trateis de calcular los tiempos. Sabed que á los ojos del Señor un dia es como mil años y mil años como un dia... Su providencia es paciente. Por amor á nosotros, no quiere la perdicion de nadie; quiere al contrario llamarnos á todos á la penitencia... El dia del Señor sorprenderá de improviso, como sorprende un ladrón. En un terrible choque los cielos pasarán, los elementos abrasados serán disipados, la tierra con todo lo que encierra será consumida por el fuego. Si, pues, todo el universo está destinado á perecer, ¿cuál no debe ser la piedad, la santidad de vuestra vida, vosotros que esperais el juicio del Señor, que correis á este acontecimiento formidable, en que los cielos abrasados serán disueltos, en que los elementos entrarán en fusion bajo el ardor de las llamas? Segun la promesa de Dios esperaremos nuevos cielos y una tierra nueva, patria de la justicia. En tal expectativa, amados míos, emplead todo vuestro cuidado en manteneros puros y sin mancha, en la paz de una conciencia inviolable; redoblad vuestro celo en la confianza que la longanidad de Nuestro Señor es un medio de salvacion para nuestras almas. Nuestro amado hermano Pablo os ha ya escrito estas cosas, segun la sabiduria divina que le inspira... Sé que se encuentran en sus epístolas pasajes difíciles de comprender, y que cierto número de hombres, ignorantes y ligeros, tratan de depravar su sentido. Pero no hay un solo libro de las Escrituras que el espíritu de mentira y de ruina no haya pretendido alterar del mismo modo. Vosotros al menos, hermanos míos, daos por advertidos, guardaos de ceder á las sugeriones pérfidas, estad firmes en la fe, creed más y más en la gracia y conocimiento de nuestro Dios y Señor. ¡A Él la gloria, ahora y en la eternidad!»

¡Qué admirable profesion de la fe! qué majestuosa condenacion de las herejías de todas las edades! Y hasta están comprendidos en ella el protestantismo y el liberalismo. ¡Y qué acontecimiento más extraordinario el de ver caer la doble teoria verdadera de la formacion neptuniana de

la tierra y del fin del mundo por el fuego, de la boca de aquel, cuya firmeza inquebrantable admiraba tanto más á la Sinagoga, en cuanto sabía era sin letras é ignorante, *si ne litteris et idiole*, pero que san Dionisio Areopagita, admirado de la sublimidad de su lenguaje, no vacilaba en llamar «la gloria sin rival, el ornamento celeste, el jefe supremo, la base, la columna más singular y la más fuerte de la divina teología.»

La primera epístola de san Pedro, más moral que dogmática, no es menos un maravilloso cumplimiento de la profecía: *Una vez convertido, confirma á tus hermanos*. Sus hermanos esta vez son los judíos de la dispersion reservada para la salud que debe ser revelada al fin de los tiempos... «No es á precio de oro y plata, materias corruptibles, como habeis adquirido la redencion de los vanos errores de vuestras tradiciones paternas, sino por la sangre de Jesucristo, cordero sin mancha, conocido antes de la creacion del mundo, y manifestado en sus últimos tiempos á causa de vosotros. Por Él creeis vosotros en Dios que lo ha resucitado de entre los muertos, y lo ha coronado de gloria; tambien vuestra fe y esperanza están en Dios.

«Mantened, pues, vuestras castas almas en los lazos de la ternura fraternal. Amaos cada dia más respetuosamente los unos á los otros, en la sencillez de vuestros cotazos... regenerados como sois en el Verbo de Dios vivo y eterno... Deponed todo espíritu de fraude, de disimulo, de envidia y maledicencia. Como el niño recién nacido, tened sed de leche espiritual y pura, que os hará crecer en la salvacion. Gustad más y más cuán dulce es el Señor. Acercaos á esta piedra viviente, rechazada por los hombres, pero elegida y glorificada por Dios, para que vosotros mismos le seais sobrepuestos, como las otras piedras de sus edificios espirituales, templos santos en que se ofrecen hostias agradables á Dios por Jesucristo... ¡Honor á vosotros que habeis creido! Para los incrédulos, al contrario, la piedra angular, rechazada por los arquitectos ciegos, se ha convertido en una piedra de tropiezo y escán-

dalo, contra la cual irán á estrellarse... Vosotros, amados míos, raza escogida, sacerdocio real, nacion santa, pueblos de divina adquisicion... viajeros y peregrinos que sois, desasios de las codicias carnales que luchan contra el alma, estableced vuestra vida entre las naciones en la senda del bien. Se os trata de malhechores; forzad á la calumnia á que reconozca vuestras buenas obras... *Seid sumisos en vista de Dios á toda autoridad humana*: al príncipe, como fuente del poder; á los gobernadores enviados por él, como á sus representantes, para la represion de los culpables y la remuneracion de los hombres de bien. Tal es la voluntad de Dios... Vosotros sois libres, no para hacer de vuestra libertad el pretexto de una malicia perversa, sino para mostraros los servidores de Dios. Respetuosos con todos, amad á los hombres con un amor fraternal, temed á Dios, honrad, no solamente á los que se muestran buenos y moderados, sino á aquellos de más récia condicion. Porque es el triunfo de la gracia soportar pacientemente en vista de Dios los tratamientos injustos. Jesucristo ha sufrido de este modo por nosotros, y nos ha dejado su ejemplo para que lo siguiésemos. No tenia pecado; la mentira no manchó jamás sus labios; maldiciente, guardaba silencio; sufría los tormentos de su pasion, sin que una amenaza cayese de su boca sobre sus verdugos.—Que las mujeres sean sumisas á sus maridos... Que los conduzcan á la fe por su conducta casta, unida á un temor respetuoso. Que no ostenten en el exterior cabellera rizada, ó atavíos de oro, ó gala de vestidos; sino que brillen en el interior por la incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es de gran precio á los ojos de Dios. Porque así en otro tiempo se ataviaban las santas mujeres en un espíritu de sumision y fidelidad á sus esposos.—Vosotros, maridos, vivid *inteligente* y sábilmente con vuestras mujeres, tratándolas con delicadeza como séres más débiles, herederas como vosotros de la gracia de Jesucristo. Entonces las oraciones que hareis juntos serán escuchadas. Todos, en fin, no seáis más

que un solo corazón, compasivos, amadores de vuestros hermanos, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, maldición por maldición, sino al contrario bien por mal, bendición por maldición. Antes que todo tened unos con otros una caridad constante, porque la caridad cubre multitud de pecados. Poned al servicio los unos de los otros los dones que habeis recibido, constituyéndoos así buenos dispensadores de los múltiples dones de Dios.... Amados míos, si se os ultraja por el nombre de Cristo, miraos como bienaventurados; porque el honor, la gloria, la virtud de Dios reposan sobre vosotros. Guardaos eficazmente de que no se os ultraje como homicidas, ladrones, calumniadores, codiciosos del bien ajeno. Pero si se os ultraja como cristianos, no os avergoncéis, sino glorificad á Dios... Obispos, yo os conjuro, obispo yo mismo y testigo de los sufrimientos de Cristo, á que apacenteis la grey del Señor confiada á vuestros cuidados, y á que desempeñeis las funciones del episcopado, no con un espíritu de rigor, sino con una tierna afección; no por amor á una ganancia vergonzosa, sino por el sentimiento de una caridad desinteresada; no para dominar tiránicamente sobre el clero, sino para hacerlos vosotros mismos de corazón el modelo del rebaño... Vosotros, mancebos, obedeced á los ancianos; ejercitaos los unos á los otros en la humildad, porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. Humillaos bajo la mano de Dios para que os exalte en el tiempo de su venida, echando sobre El toda vuestra solicitud, porque El tiene cuidado de vosotros. Sed sóbrios, y vigilad, porque vuestro adversario el diablo anda en torno de vosotros, como un león rugiente para ver á quién podrá devorar... Resistidle, fuertes en la fe... Que el Dios de toda gracia que nos ha llamado por Jesucristo á su eterna gloria, despues que hayais sufrido un poco, os perfeccione, os fortifique y os consolide. A El la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. ¡Así sea!

Este lenguaje es evidentemente sobrenatural, inspirado y divino.

«Cuándo estés convertido confirma á tus hermanos.» Esto es, dice Bossuet, bajo otra forma: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; esto es, que será consolidada contra todos los esfuerzos de Satanás hasta ser inquebrantable, confirmada en su inmovilidad. Y ved en efecto que cada día el Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia, sucesor de Pedro, por la convocación de los concilios, por las alocuciones consistoriales, por sus bulas, por sus breves apostólicos sellados con el sello del divino pescador, continúa la gloriosa misión de confirmar á sus hermanos en la fe. Cualquiera que sean las tempestades que se levanten, las dudas que sobrevengan, los errores que aparezcan, Pedro manda á las olas y á los vientos, y se apaciguan; Roma habla y la causa es definitivamente juzgada: *Roma locuta est, causa finita est!* Pio IX confirmó hasta el fin tanto ó más que sus predecesores; confirmó sobre todo por su incomparable *Syllabus*, por sus protestas enérgicas contra todas las audacias del error. Su inquebrantable firmeza le mereció el insigne honor de ser el primer papa proclamado infalible. Apenas le habia sucedido Leon XIII, cuando en su carta encíclica de la toma de posesion del soberano pontificado, se hacia el eco fiel é intrépido de todas las confirmaciones de Pio IX, que hubieran sido las de Pedro. ¡Esplendor!

Capítulo vigésimo.—La estension de los Esplendores de la fe.—Uno solo de estos quince esplendores de la fe, que son en su exposicion profecías luminosas, en su realizacion milagros brillantes, basta para demostrar invenciblemente y hacer tocar con el dedo la divinidad de Jesucristo, autor de estas profecías y milagros, la divinidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, objeto y fruto de estos brillantes milagros. Reunidas, añadiéndose la una á la otra, se fortifican en una proporcion creciente y en cierto modo indefinida. Jamás todavía, al menos que yo lo conozca, se las habia agrupado bajo su doble aspecto,

bajo su doble estension, de profecías claras como el día, de hechos ó milagros grandes como el mundo, ó mejor dicho, hechos que son *el mismo mundo transformado y en alguna manera divinizado*.

En efecto: 1.º *¡Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada! Es el mundo retumbando por doquiera las alabanzas de María, haciendo brotar lugares de peregrinacion y santuarios de María, divulgando por todas partes los milagros de María.*

2.º *¡Mis ojos han visto tu salud, la salud de todos los pueblos, la luz que iluminará las naciones! Es el mundo salvado, iluminado, civilizado por el Cristianismo.*

3.º *¡Este año será la ruina y la resurreccion de muchos! Es el mundo viendo desaparecer sucesivamente las naciones judía, griega, romana, etc., conjuradas contra la religion de Jesucristo. Es el mundo testigo solemne de la muerte funesta de muchos de los perseguidores, herejes, impíos, enemigos de Jesucristo, de su santa Iglesia y del papado. Es el mundo gloriándose de aplaudir el heroísmo de la santidad, la gloria sin nubes de los grandes convertidos ó resucitados por Jesucristo.*

4.º *¡Este infante será señal á la que se hará contraccion! Es el mundo de todos los tiempos y de todos los lugares, desencadenado, encarnizado, ladrando sin cesar contra Jesucristo y disputándole violentamente todo su ser.*

5.º *¡Venid en pos de mí, que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres! Es el mundo cruzado en todos sentidos por los bellos pasos de los evangelistas de la paz, cazadores y pescadores de hombres, que arrojan incesantemente sus sedales y redes. Por todas partes misiones, por todas partes púlpitos, por todas partes confesionarios.*

6.º *¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto! Es el mundo, por todas partes y siempre, edificado, admirado, embellecido con las virtudes heroicas de los santos, aspirando á la perfeccion y obligándose por voto á alcanzarla.*

7.º *¡Los pobres son evangelizados! Es el mundo sorprendi-*

do, escandalizado de ver la pobreza libertada, honrada, amada, abrazada libremente, como una profesion bendita; de ver los pobres evangelizados, instruidos, aliviados y consolados de todas sus miserias, mientras que el rico, como maldiceido, está reducido á no poder ser salvado más que por el pobre.

8.º *¡Seréis aborrecidos á causa de mi nombre! Es el mundo, eco sempiterno de los lamentos implacables de jaurias encarnizadas contra los calólicos ardientes, de la raza de los infames antiguamente, de los clericales hoy.*

9.º *¡Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Es el mundo, teatro del furor impotente de la idolatria, de la herejía, del cisma, de la filosofía, de la Revolucion, conjuradas sucesivamente contra la Iglesia, siempre en pié sobre su roca eterna. Fuertes han sido los emperadores, fuertes los arrianos, fuertes los bárbaros, fuertes Lutero y Calvino, fuertes Voltaire y los enciclopedistas, fuertes Robespierre y la Revolucion francesa, fuertes los emperadores de Alemania, fuerte Napoleon el Grande, fuerte la Francmasonería, fuerte el héroe de *Cultur-kampf*. Y todas estas fuerzas, todas estas olas han venido ó vendrán á estrellarse contra la piedra del Vaticano.*

10.º *Y si yo fuese alzado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Es el mundo convertido en cristiano, dominado por la cruz de Jesucristo, el mundo lanzando el gran grito de gloria y victoria de la Edad media: ¡Cristo reina. Cristo gobierna, Cristo manda á las inteligencias, á las voluntades, á los corazones, á los cuerpos.*

11.º *Se reconocerá que sois mis discipulos en que os amaréis los unos á los otros. Es el mundo pasando del egoísmo más brutal á la más ardiente caridad, dando á luz por todas partes héroes de la caridad.*

12.º *En verdad, en verdad os digo. El que en mí crea hará las obras maravillosas que yo hago y mayores que estas hará. Es el mundo convertido con los milagros de los apóstoles, es el mundo maravillado por los prodigios obrados por la santísima Virgen María y los santos.*

13.º *Jerusalén, tú serás hollada por los Gentiles!* Es el mundo señalando con el dedo á los judíos dispersos, errantes, maldecidos, obstinados en su endurecimiento, sin altares, sin sacerdotes y sin sacrificios.

14.º *Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñadlas á guardar mis mandamientos.* Es el mundo bautizado, en efecto, enseñado, sometido á la ley de Jesucristo, cantando, en su agradecimiento, por doquiera y siempre, la santa doxología: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

15.º *Y una vez convertido confirma á tus hermanos.* Es el mundo escuchando en otro tiempo, como hoy, la voz que desciende de la cátedra de San Pedro en Roma, sacudiendo locamente, sin poder deshacerse de él, el yugo sin embargo tan dulce del representante de Jesucristo. Es el mundo espantado de la audacia de Pio IX, anunciando y condenando los errores modernos en su divino *Syllabus*, continuado por Leon XIII.

Estas quince profecías son quince faros, ó mejor dicho quince soles relumbrantes; estos quince milagros son el mundo tomando otras tantas formas nuevas y sobrenaturales. Imposible no ver los unos, imposible no palpar ó sentir los otros. Reunidos colocan la divinidad de Jesucristo y de su Iglesia bajo una luz tan evidente, que la incredulidad es un crimen, que la misma duda llega á ser inexcusable. Los falsos sabios y los semi-sabios del mundo, deslumbrados por sus propias luces, y haciéndose más altos que el cielo, pueden únicamente no ver la luz de estos oráculos luminosos, no tocar estos mundos milagrosamente transformados. ¡Cuán sublime y terrible es la impetuosidad de Jesucristo, dando gracias á su Padre por haber permitido que la revelación accesible á los pequeños se oculte á las miradas de los soberbios!

Y nótese bien: estos oráculos y milagros no cesan de cumplirse en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. Se cumplen, en verdad, en proporciones ó

con un brillo menor, porque la fe va siendo fatalmente cada día más rara en la tierra; pero este mismo brillo aminorado ha sido el objeto de predicciones muy claras, y conviértese á su vez en un milagro de ceguedad voluntaria. «Cuando sonará el día del juicio, y el Hijo del hombre vendrá, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?» El mismo Salvador añadía: «La vida material dominará más y más sobre la tierra; las grandes ocupaciones de los hombres serán comer, beber, casarse, correr de fiesta en fiesta; despues vendrán los días de la gran seducción, en los cuales, si Dios no abreviase su duración, los mismos elegidos, si posible fuese, serian seducidos.» San Pedro también, en su segunda epístola, nos muestra la concupiscencia de los últimos días y los hábiles engaños que se pondrán en juego, los cuales acarrearán innumerables defecciones. San Pablo, en fin, señala en lontananza un tiempo, en que los hombres no soportarán la sana doctrina y se dejarán adormecer por las fábulas. *¡Todo es esplendor en la fe cristiana, hasta el abandono que deberá sufrir un día!*

Jesucristo es Dios, la Iglesia es divina; luego todo lo que Jesucristo nos ha revelado y lo que la Iglesia nos enseña es verdadero, bueno y bello, como todas las manifestaciones divinas. Las objeciones que esta revelación y enseñanza levantan, pueden tener algun valor aparente, pero no ningun valor real. Es un derecho y un deber arrojarlas sin aun discutir las. Pero si yo usase de este derecho, si cumpliese demasiado rigurosamente este deber, muchas inteligencias no estarían satisfechas; temería ver surgir del profundo de la razón subyugada por los sentidos densas nubes de vacilaciones, de dudas, de inquietudes, que oscurecerían el bello ciclo de la revelación. Yo daré, pues, un paso más, con la confianza, me atreveré á decir, con la certeza, de no dejar ningun lugar á las objeciones.

La Religión cristiana, católica, apostólica, romana nos propone como dogmas de fe misterios y verdades que espantan á la inteligencia, ó que contrarian á la voluntad. Dios, su existencia, su noción, sus atributos.—La Santísi-

ma Trinidad, la Creacion, la Encarnacion, la Redencion.—El pecado original, la existencia del mal en el mundo, la divina Providencia, el milagro, la oracion.—La libertad humana en presencia del concurso divino de la accion todopoderosa de la gracia y de la predestinacion.—La presencia real de Jesucristo bajo las especies eucaristicas.—La existencia de sus espiritus ó ángeles buenos y malos y sus relaciones con el hombre.—Los sacramentos.—Los fines del hombre: la muerte, el juicio particular, la resurreccion de los cuerpos, el juicio general.—La vida futura, el paraíso, el infierno, la eternidad de las recompensas y de las penas.—Las relaciones de la Iglesia y del Estado, el poder temporal de los Papas.

Sobre todos estos puntos, el misterio y lo sobrenatural, en este siglo de las mayores preocupaciones materiales, de fe más rara y menos viva, excitán en muchos espiritus una repulsion más ó menos violenta.

Para conciliar plenamente la razon con la fe, bastantes preocupaciones hay que ahogar, repugnancias que vencer, incertidumbres que disipar. Fiel á mi plan, no discurriré, no racionaré ni aun silogísticamente, sino iluminaré. Por la cuestion prévia, por fines indiscutibles que será imposible recusar, por consideraciones muy cortas y sencillas, accesibles á todas las inteligencias bajo la sola condicion de que estén libres de las influencias de una mala voluntad, haré caer las objeciones, quitándolas todo valor aparente ó real.

Capítulo vigésimo primero.—**Los misterios en general.**—En el capítulo séptimo del primer volumen, he demostrado hasta la evidencia que la fe subjetiva, la adhesion de la inteligencia á las verdades reveladas es eminentemente razonable, porque la fe no es en realidad más que el auxilio necesario y bienhechor del alma humana, el telescopio bendecido de su razon y de su corazon.

He recordado al mismo tiempo los principios que obligan á admitir la necesidad absoluta y la existencia real

de los misterios, esto es, de verdades, hechos ó dogmas inaccesibles á la inteligencia humana, pero que todo hombre razonable debe admitir, cuando le son revelados é impuestos por una autoridad competente é indiscutible. Nuestra inteligencia es esencialmente finita; la verdad, al contrario, fisica, metafisica ó moral, esencialmente infinita ó indefinida. Nuestra inteligencia es el agujero ahondado por el niño. El misterio es el Mediterráneo ó el Océano. Loco aquel que quisiera hacer entrar el Océano en el agujerito. Más loco todavía el que se apoyara en esta imposibilidad para negar la existencia del Océano.

Lo inaccesible, lo desconocido es el misterio. Lo conocido, lo palpable, es la revelacion manifestada por los esplendores de la Fe. Oponer lo desconocido, el misterio, á lo conocido, á la revelacion, seria hacer acto de sinrazon. Aceptar, al contrario, lo desconocido, el misterio bajo la presion de lo conocido, de la revelacion, es hacer acto de razon ilustrada. Ya lo hemos dicho tambien; los misterios de la religion son menos numerosos y terribles que los misterios de la ciencia. En realidad nosotros no sabemos nada ó bien poca cosa. Y aun lo poco que sabemos, lo sabemos muy poco. No tenemos la última palabra de nada. ¿A qué se reducen, en último análisis, los progresos de la ciencia? ¿A la multiplicacion de lo desconocido! Cuando es sincero el verdadero sabio, no vacita en decir con Salomon: «Yo me habia propuesto en mi ánimo buscar y rebuscar el origen de todo lo que existe debajo el sol; ignoraba ¡ay! que es la peor de las ocupaciones á las cuales haya podido Dios entregar al hombre.» Y además: «¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo?» Ve despuntar por todas partes la afliccion del espíritu, el misterio, lo desconocido, con que Dios le envuelve como de un ropaje. Dios ha hecho bien todas las cosas en el tiempo y en el espacio. Pero este bien lo ha hecho como *inaccesible al hombre*. Ha entregado, al contrario, el hombre á las disputas eternas, como si hubiese querido ponerle en la imposibilidad de encontrar el secreto de una sola

de sus obras, desde el principio hasta el fin... Y por otra parte aún: *He reconocido que de todas las obras de Dios que se cumplen bajo el sol, el hombre no puede encontrar ninguna razon (última ó definitiva); que cuanto más se esfuerza en buscar, menos encuentra. El sabio vanamente se gloriará de tener este conocimiento, no lo alcanzará jamás.* Si, todas las ciencias humanas, aun aquellas de que más envanécese el hombre, ciencias sin embargo cuyo objeto es la obra visible de Dios, reduciense á formidables incógnitas, á misterios desesperadores! ¿Y se admiran é indignan de que la religion cuyo objeto es el mismo Dios, el autor de todas las cosas, lo infinito, nos proponga é imponga misterios?

Espíritu, materia, éter, espacio, tiempo, atraccion, afinidad, luz, calor, electricidad, magnetismo, átomos, moléculas, etc., nosotros ignoramos su esencia. ¿Y quisiéramos conocer á Dios? La inconsecuencia es tanto más fatal en cuanto los misterios de la Religion, perfectamente dignos de Dios, perfectamente dignos del hombre, son, como lo probaremos, admirables conquistas científicas, que elevan la inteligencia, que dilatan el corazon, que son para nosotros la fuente de gracias y felicidades, que jamás nos hubiéramos atrevido á esperar.

Al contrario, los misterios de la ciencia humana mucho más inmediatos á nosotros, son montes escarpados contra los cuales forzoso es ir á estrellarse. Hasta tal punto que, fuera de los hechos ó de los fenómenos, la ciencia humana es como una negra prision en la puerta de la cual se lee esta triste sentencia: *¡Oh vosotros que entráis, dejad aquí toda esperanza!* Prision que estamos condenados á habitar, mientras la vision de la fe no ceda su lugar á la vision intuitiva. Porque entonces es cuando únicamente, emancipados por la creencia fiel á los misterios de Dios, veremos la luz en su luz! Para probar que no exageramos en lo más mínimo, afirmando que los misterios de la ciencia son en realidad desesperadores, por no decir irritantes, enumeraremos algunos.

La tierra que conocemos absolutamente inmóvil, es animada de tres movimientos muy rápidos: de rotacion en torno de su eje, de revolucion al rededor del sol, de traslacion en el espacio sobre la inmensa órbita que el mismo sol describe en torno de la estrella Alcyon de las Pléyades, tal vez muchos otros movimientos todavia, porque Alcyon y todas las estrellas que son llamadas fijas, como por antítesis, hacen ellas mismas en el espacio carreras vertiginosas.—Cada una de estas pequeñas manchas blanquecinas ó nebulosidades que con pena descubrimos en el cielo, como tambien la inmensa zona circular que llamamos Via láctea, es una mezcla de soles más inmensos y brillantes que nuestro sol, que sólo es en realidad una estrella de sexta magnitud.—Cada una de las determinadas ondas luminosas del sol recorre en un segundo, el tiempo de decir uno, trescientos mil kilómetros.—Este correo que hace trescientos mil kilómetros por segundo, necesita de muchos años para venir de la estrella más cercana á nosotros, y nos hace hoy testigos de una erupcion estelar, sobrevenida hace doce, cien, mil años, tal vez.—Los millones de millones de rayos luminosos, caloríficos, sonoros, lanzados por los astros visibles é invisibles del firmamento, se cruzan y entrecruzan, sin perderse ó extinguirse jamás, llevando con ellos la huella indeleble de los acontecimientos sobrevenidos desde el origen de los tiempos.

Una gota de agua microscópica de un milésimo de milímetro de diámetro, encierra veinticinco millones de moléculas, formadas cada una de millones de átomos.—En cada milímetro de aire que respiramos hay, segun M. Stoney, sabio muy autorizado, mil millones de millones de moléculas, de las cuales quedan todavia un millon de millares de millon, en un milímetro cúbico del vacío más perfecto que pudiésemos obtener con nuestras máquinas pneumáticas perfeccionadas.—Las moléculas ó átomos del fluido luminoso, el éter, cuyas distancias mútuas son á lo más de tres millonésimos de milímetro, ejecutan al

menos por segundo cuatrocientos millones de vibraciones. Las amplitudes de estas vibraciones varían de cuatro á seis millonésimos de milímetro. Y sin embargo estas vibraciones, infinitamente pequeñas, engendran todos los fenómenos de la atracción, de la afinidad, de la luz, del calor, de la electricidad, del magnetismo.—En el seno de este frasco lleno de gas y herméticamente cerrado, en el que parece reina un reposo absoluto, las moléculas son incesantemente proyectadas en todos sentidos, con velocidades excesivas de seiscientos á dos mil metros por segundo, de manera que causan ocho millones de colisiones ó choques mútuos en este mismo tiempo casi indivisible.—Un gas, el hidrógeno, puesto en presencia, á una temperatura relativamente baja, del paladio, uno de los metales más densos, le penetra, le hace absorber de quinientas á seiscientas veces su volúmen, y forma con él un solo y mismo sólido, lo que supone una presión ó compresión interior *de cuarenta á cincuenta mil atmósferas* de las que no tenemos idea alguna.—Dos gases inofensivos, el oxígeno y el hidrógeno, uniéndose bajo la acción de una pequeña centella eléctrica, en cantidad suficiente para formar un litro de agua, dan 34,000 calóricos ó unidades de calor, esto es, el equivalente á una fuerza mecánica, junto á la cual todas las fuerzas del mundo visible se anulan, en mucho superior al esfuerzo espantable de una masa de granito de muchos millares de kilogramos cayendo de la cumbre del Monte Blanco.—Si se detuviese súbitamente la tierra sobre la órbita que describe al redor del sol, el calor producido por la transformación súbita del movimiento de masa en movimiento molecular, engendraría un calor tan grande, que el globo terrestre sería no solamente fundido, sino volatilizado, etc., etc.

Prolongados indefinidamente, una curva y su asíntota distantes entre sí en el principio de un centímetro ó aun de un millonésimo de milímetro, se aproximan sin encontrarse jamás.

¿Qué de más íntimo para nosotros que nuestro cuerpo y

nuestra alma? Nuestro cuerpo y nuestra alma somos nosotros. Nuestra alma se ve con la más perfecta de las visiones, la vision intuitiva. El alma habita, informa, anima, siente su cuerpo, hace de él lo que quiere; y sin embargo el cuerpo y el alma, separados ó unidos, son para nuestra inteligencia dos incógnitas desoladoras, dos enigmas insolentes que arrancan á la ciencia más audaz, á la ciencia más libre pensadora, este grito de desesperación: *Ignoramus, ignorabimus!* que á tantos ha excitado la ira, y que todos véense condenados á repetir, con gusto ó sin él! ¿Qué es esta sustancia que siente, se agita, delibera, sufre en nosotros? *Ignoramus, ignorabimus!* ¿Cuál es el lugar en que la memoria junta y guarda en depósito los tesoros del pasado, esto es, una mezcla enorme de ideas, de hechos, de recuerdos, que tiene sin cesar á nuestra disposición, sin que podamos ver de dónde los toma para presentárnoslos? Y la voluntad? Y la inteligencia ó la facultad de comprender ó de racionar? Y la imaginación? Y esta sucesión indefinida de ideas, de reflexiones, de sentimientos, de deseo, de sueños, *modificaciones movibles hasta el exceso de un alma simple é indivisible*, que excesivamente nos ocupan, nos distraen, nos afligen, nos admiran, nos desconciertan, etc.? ¿Qué es esto? *Ignoramus, ignorabimus!* ¿Y la vida, lo que sentimos más íntimamente en nosotros? Y nuestros sentidos? Y nuestros órganos? Y este poder tan absoluto que tenemos sobre nuestros miembros? Y todos estos resortes tan admirablemente distribuidos en todas las partes de nuestro cuerpo, que le hacen moverse con tanta facilidad y de tan diferentes maneras? Cómo, sin haberlos visto, sin conocer ni su posición, ni su número, ni su tan complicado juego, ni sus tan múltiples combinaciones, nos hacemos servir tan puntualmente de ellos? Cómo encontráis en un punto señalado cada uno de ellos para imprimirle la acción que quereis? *Ignoramus, ignorabimus!*

Esto no es más que un débil tanteo de los aterradores misterios de la naturaleza, que la ciencia se ve forzada á

aceptar á millares, porque su existencia le es demostrada sin que pueda comprender nada de ello. Si escuchamos la última palabra de la ciencia, aun la experimental, no hay en realidad en la naturaleza sino miles de miles de mónadas sencillas ó inextensas, idénticas entre sí. Y con estas mónadas inextensas es con lo que es preciso constituir todos los cuerpos; gaseosos, líquidos, sólidos, inorgánicos y orgánicos del reino mineral, del reino vegetal, del reino animal, y engendrar todas las fuerzas, todos los fenómenos de la naturaleza.

El misterio de la materia, á consecuencia de los progresos incesantes de las ciencias de observacion, se ha convertido en un abismo tan profundo, que su vista causa el vértigo á los más fuertes. Uno de los físicos más ilustres de Inglaterra, lo hemos ya manifestado, ¡ay! ha llegado á hacer en su discurso inaugural de las ciencias en la Asociación británica para el adelanto de las ciencias, esta delirante profesion de fe: «Distingo en esta materia, que, en nuestra ignorancia, hemos cubierto hasta aquí de oprobio, el poder de engendrar todas las formas de la vida... La naturaleza de la materia es de desarrollar todo lo que vemos al rededor de nosotros, así como todo lo que sentimos en nosotros, todo lo que ha sido, como lo que será por la accion de las fuerzas moleculares. Nosotros vivimos, porque la materia vive: sentimos y pensamos, porque la fuerza de las combinaciones materiales de que estamos formados, es la de sentir y pensar.» Para el sabio sin Dios, esta síntesis del universo, por la sola materia, es evidentemente la imposibilidad absoluta, el absurdo en su supremo poder. Al contrario, para el sabio cristiano, que cree en el Dios eterno, todopoderoso, creador y conservador de los mundos, esta síntesis atómica es un himno admirable, que canta con todo su corazón, y que le hace caer en éxtasis, porque de este modo todo vuelve á la unidad. Lo desconocido, el misterio de la ciencia, permanece, pero pasa en realidad de lo finito á lo infinito, del mundo á Dios. Permanecerá, siendo siempre verdad que

hay fuera de nosotros seres que no podremos comprender, verdades que no podremos alcanzar; pero estos seres y estas verdades tienen su origen y razon de ser en el Sér infinito que los ha creado y nos los revela. Yo me prosterno á sus piés y adoro.

Para el sabio ateo esta misma síntesis es el imposible y la desesperacion; si pudiese, como pretende y espera en vano, no se escapara de entrar otra vez en la nada.

Para el sabio cristiano el misterio es eminentemente razonable y consolador, porque es la manifestacion, por medio del espejo y el enigma, de la verdad eterna, que verá un día cara á cara: *In lumine tuo videlimus lumen.*

En restimen, la ciencia tiene sus misterios, impenetrables, terribles, desesperadores, aunque el campo de sus observaciones sea el mundo de lo finito, el mundo de la materia y del alma. Estos misterios son hechos que acepta, porque ha demostrado su existencia, aunque no conozca ni su causa, ni su íntima naturaleza. Envanécese de ellos, porque constituyen el progreso y son la conquista del tiempo y de los hombres. *Multi transibunt, et scientia augetur!* Los propone; los impone aun á aquellos que lo que menos están en estado de comprenderlos, y cuando no han recibido todavía ninguna aplicacion que les haga apreciar su utilidad.

No es esto todo todavía. En este siglo positivista, en que se glorian de haber abandonado, en el estudio de las ciencias, el camino del raciocinio y de las teorías *à priori*, para adherirse únicamente á la observacion y á la experiencia, forzoso es aceptar los hechos más inverosímiles de la ciencia, sin que sea permitido remontarse á sus orígenes y á sus causas, etc. Y se admiran que la religion cuyo campo es lo infinito, cuyo objeto es Dios, tenga tambien misterios, hechos grandiosos, que acepta, apoyada en la autoridad de la misma verdad, hechos que son para el espíritu humano conquistas inesperadas y gloriosas, hechos que se envanecerá de proponer é imponer tanto más, cuanto son todos para la humanidad una fuente de

dicha inesperada, eterna y en algun modo infinita. Inclinarsse ante el misterio, cuando apenas no es más que una abstraccion, en el campo de investigaciones en que parece absurdo que existia, y arrojarlo en un órden de concepciones en que es una necesidad natural ó imperiosa, cuando tiene por resultado mostrarnos á Dios, la verdad, la bondad y la belleza infinitas, dilatándose todo entero en alguna manera, segun el lenguaje inspirado de santo Tomás, para nuestra dicha, como si el hombre fuese el Dios de Dios mismo, ¿no es el colmo del desatinó y de la injusticia?

Capítulo vigésimo segundo. — Dios. — La idea de Dios. Nada más natural, más familiar al hombre que el pensamiento, que la idea de Dios. ¿Cuando consideramos el cielo, decia ya Ciceron, podemos no reconocer con evidencia que es una inteligencia soberana quien lo dirige? San Pablo decia á su vez: «Las perfecciones invisibles de Dios, hechas comprensibles por las cosas que fueron criadas, se han hecho visibles, como su poder eterno y su divinidad, de suerte que son (los filósofos) inexcusables, porque habiendo conocido á Dios no lo han glorificado como Dios, y no le han dado gracias, sino que se han desvanecido en sus pensamientos. Su insensato corazon ha oscurecido su inteligencia.»

Por lo mismo que, siempre en el lenguaje del gran Apóstol, estamos en Dios, nos movemos en Dios, vivimos en Dios, somos del linaje de Dios, en el sentido que tenemos el sér con Dios y por Dios, el alma es naturalmente creyente en Dios. Todo en ella aclama á Dios. Un filósofo célebre, Hemsterhuys, no ha vacilado en decir: *Un volo suspiro hácia lo futuro es una demostracion más que geométrica de la Divinidad!*

Porque Dios crió al hombre á su imagen, le dió la plenitud de la inteligencia para pensar, cred en él la ciencia del espíritu, aun concedió á sus orejas el honor de oír su voz misteriosa (Eccles. XVII, 5—11), el hombre ha sido desde el ori-

gen iniciado en la idea y el sentimiento de Dios. Ved porque siempre y por todas partes, el hombre en su espíritu, en su corazon, en su lenguaje, en su culto, ha estado constantemente en relacion con Dios. «Obligado por mi enseñanza, ha dicho M. de Quatrefages en su libro *de la Especie humana*, á pasar revista á todas las razas humanas, he buscado el ateismo en las razas más inferiores así como en las más elevadas. No lo he encontrado en ninguna parte, sino es en el estado individual, ó en el estado de escuelas más ó menos escluivistas, como se vió en Europa en el siglo último, como se vé todavía hoy.»

Es esto tanta verdad, que nosotros hemos visto un heterogenista, positivista hasta el exceso, invocar la pretendida ausencia de toda idea de Dios, como carácter distintivo de las razas humanas, no pertenecientes á la raza adámica.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Hemos multiplicado en esta obra las pruebas ciertas de la existencia de Dios. Las más palpables son las que resultan de la prueba de estos grandes dogmas científicos.

El número actualmente infinito es imposible: hubo una primera revolucion de cada uno de los astros, un primer hombre, y en cada categoria de los séres un primer padre.

La vida no ha existido siempre en la superficie de la tierra.

La generacion espontánea ó el desarrollo de la vida sin otra anterior es imposible.

El universo sin Dios, la teoria puramente dinámica del mundo ó de los mundos, conduce á absurdidades monstruosas.

La causalidad es un primer principio de la razon; la finalidad es una ley de la naturaleza. La finalidad, el designio, las causas finales brillan por todas partes y proclaman una Inteligencia infinita.

El instinto de los animales es inexplicable sin Dios.